

Índice

Agradecimientos	7
INTRODUCCIÓN	9
Definiciones y propósito	15
Estado de la investigación	21
Teoría	32
Del <i>memory boom</i> a las memorias amenazadas	32
¿Existe una memoria colectiva?	34
El Holocausto como eje de una memoria global hacia los pasados-presentes en América Latina	40
Las políticas de la historia como concepto analítico	45
Metodología	50
Fuentes	58
HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA EN NICARAGUA, SIGLOS XIX Y XX	61
¿De la anarquía a la modernidad? Nicaragua entre 1821 y 1911	62
Los primeros historiadores, 1821-1880/90	73
Definir qué es Nicaragua	88
La historiografía liberal y conservadora entre 1912 y 1979	100
El Movimiento Nicaragüense de Vanguardia ante la pérdida del control	102
¿Dos caras de la misma moneda?	115
LA HISTORIOGRAFÍA SANDINISTA. DE LA CONTRAHISTORIA A LA HISTORIA OFICIAL	121
La contrahistoria y el sandinismo	126
La narrativa de la larga lucha del pueblo nicaragüense	137
Héroes y mártires. El caso Rigoberto López Pérez	142

El FSLN como guía de la revolución y de la historia (1979-1982)	145
Las series “Pensamiento sandinista” y “Orientación sandinista”	148
Institucionalizar la historia sandinista	157
La globalización de la historia sandinista	163
Entre apoyo y rechazo. Las múltiples voces en la década de 1980	177
<i>La Revista del Pensamiento Centroamericano.</i> Voz de la oposición conservadora	178
<i>Envío</i> y el Instituto Histórico Centroamericano (IHCA)	196
<i>Wani</i> y la autonomía en el marco de la revolución	205
¿HISTORIA SIN POLÍTICA O POLÍTICA SIN HISTORIA? NICARAGUA ENTRE 1990 Y 1996	219
Entre la transición y la continuación	220
Guerrillero, periodista mártir y político social-cristiano. La figura histórica de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal (1924-1978)	229
La narrativa de las dos dictaduras	242
La profesionalización de la historia como ciencia	250
Una revisión histórica. La <i>Revista de Historia</i> y la creación del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA)	251
Historia local y la cuestión étnico-nacional sobre la Costa Atlántica	258
RESULTADOS Y PERSPECTIVAS FUTURAS	265
Abreviaturas	277
Referencias bibliográficas	279

Introducción

Cuando uno está en Nicaragua se observa una paradoja. Por un lado, la historia se mantiene omnipresente en el ámbito público, lo que se refleja, por ejemplo, en el panorama urbano en forma de monumentos, como el del revolucionario Augusto César Sandino, ubicado en la Loma de Tiscapa en Managua, la capital. Varias calles y plazas llevan el nombre de personajes o hechos de la historia de Nicaragua, de América Latina y de otras partes del mundo, mientras que los murales cuentan la historia del país, y sus episodios como, por ejemplo, la Revolución Popular Sandinista (RPS). Según Kunzle (1995, 13), estos murales se pueden considerar como textos historiográficos. También tomar un taxi en Managua es un viaje al pasado vivo. Hablando con los taxistas, se escuchan biografías de personas que se fueron a trabajar durante los años 80 a la República Democrática Alemana, estudiaron en universidades del bloque soviético o lucharon contra el gobierno revolucionario junto a las llamadas Contras.¹ En múltiples ámbitos se abren diversas temáticas, tanto para los investigadores como para el público en general, para discutir, investigar y reflexionar sobre la historia y el pasado reciente.

Por otro lado, como ha constatado la historiadora nicaragüense Margarita Vannini, ex directora del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA) de la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua, en Nicaragua “existe un gran desconocimiento sobre la historia en general, y memorias en conflicto sobre la historia reciente” (Vannini 2012, 74). Existe un paralelismo con situaciones y políticas similares en los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial, o en los países del Cono Sur después del retorno a la democracia durante los años 80 y 90: el silencio, el olvido, el desinterés y la falta de iniciativa por parte del Estado y sus agentes de promover el conocimiento histórico, lo cual facilita un enfrentamiento con el pasado.

1 La mayoría de los autores no definen el término y muchos usan la versión en singular “la Contra”. Sin embargo, para mí esto supone incorrectamente que se trató de solo un grupo que se enfrentó al gobierno del FSLN, pero en realidad existían varios grupos ideológicamente heterogéneos que fueron partidos políticos, milicias y grupos armados. Por esto se usa el término “las Contras”, como lo aplica también Kruijt (2011, 70), para enfatizar esta heterogeneidad.

En Nicaragua, la historia de la segunda parte del siglo XX está marcada por dos hechos: por un lado, la RPS y el gobierno revolucionario bajo el mandato del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) entre 1979 y 1990; por otro lado, la llamada transición nicaragüense² y el gobierno de la presidenta Violeta Barrios de Chamorro entre 1990 y 1996. Sin duda, ambas décadas transformaron a la sociedad nicaragüense profundamente, aunque de diferentes maneras. Luego de la caída de la dictadura familiar de los Somoza el 19 de julio 1979, el gobierno revolucionario implementó una serie de políticas progresistas que incluyeron reformas sociales y económicas que procuraron incluir a los nicaragüenses en los procesos políticos. Una de las metas fue crear una sociedad más igualitaria y democrática en el marco de un país soberano, como se muestra en el “Programa Histórico del FSLN” (DEPEP 1984).

Desde el principio, la revolución fue percibida por los medios internacionales, y también por políticos, analistas o investigadores, como más que un hecho simbólico acontecido en un país relativamente pequeño que se liberó de una dictadura que había durado más que cuarenta años. En el contexto de la década de 1970, periodo en el que varios países de América Latina (como Argentina, Brasil, Chile o Guatemala) estuvieron gobernados por dictaduras militares, la revolución de Nicaragua se convirtió en una fuente de esperanza para toda la región. Además, generó grupos e iniciativas de solidaridad en varios países del Norte global como, por ejemplo, en la República Federal de Alemania (Helm 2018), Austria (Blecha 2016), los Países Bajos (Van Ommen 2016), Suecia (Camacho Padilla y Ramírez Palacio 2016), incluso se construyeron redes solidarias transnacionales, como en el caso de España y la República Federal de Alemania (Ágreda Portero y Helm 2016). También, al acercarse a nivel internacional al Mo-

2 El término “transición” puede ser problemático porque podría implicar lo siguiente: “[T]he shift from a non-democratic regime type to a democratic one [and] not merely a change of government or a process of liberalization *within* an authoritarian regime” (Barahona de Brito, Aguilar y González-Enríquez 2001, 11; cursivas del original). De esta manera, interpretar los años 1989/1990 como una transición podría sugerir una interpretación de un cambio de un “Gobierno antidemocrático” (el del FSLN) a un “Gobierno democrático” (de la Unión Nacional Opositora; UNO). Pero, como escribe el politólogo argentino Carlos Vilas (1990a, 259), hay que interpretar la revolución tal como la pérdida de las elecciones a favor de Chamorro como un “proceso de democratización en Nicaragua” y que este “no se inició con la convocatoria electoral ni se reduce a ella. Se remonta, ante todo, al triunfo revolucionario de julio de 1979, al desmantelamiento de la dictadura somocista y al establecimiento de amplios canales de participación popular”.

vimiento de Países No Alineados y a países neutrales, el FSLN intentó legitimar y proteger su gobierno revolucionario para no caer en conflictos, por ejemplo, con los Estados Unidos (Vanden 1990).

Sin embargo, ya desde el principio las acciones del FSLN —y después del 19 de julio también sus políticas— provocaron resistencia (violenta y pacífica) y se formó una oposición interna constituida por diferentes actores políticos y sociales que incluyeron redes conservadoras, la Iglesia católica nicaragüense y empresarios o ex soldados de la Guardia Nacional. Además, a causa de las dinámicas de la Guerra Fría³ se desarrolló un conflicto armado entre el gobierno sandinista y las llamadas Contras, que recibieron apoyo y legitimación internacional por parte del gobierno de los Estados Unidos. Este conflicto armado, que causó casi 30 000 muertos, debe entenderse como uno de los varios conflictos de la región centroamericana interconectados de diversas maneras con la participación de distintos actores. El FSLN experimentó una significativa pérdida de popularidad, y sea por factores internos como la implementación del Servicio Militar Patriótico, que según Sergio Ramírez (1999, 269) fue “el elemento más traumático” de la década revolucionaria “y determinó, al final, la derrota electoral del FSLN en 1990” y las políticas nacionalistas del FSLN contra los pueblos indígenas en la Costa Atlántica, o externos como el embargo económico realizado por los Estados Unidos desde el 1 de mayo de 1985. En las elecciones generales de febrero de 1990, ganó la Unión Nacional Opositora (UNO), una coalición de dieciséis partidos opositores al FSLN.

La derrota electoral del FSLN marcó una nueva etapa de la historia contemporánea de Nicaragua. El gobierno de la presidenta Barrios de Chamorro intentó anular muchas de las políticas del FSLN; uno de los objetivos generales de su mandato fue la reconexión del país con los Estados Unidos y sus aliados, junto con la implementación del modelo neoliberal en Nicaragua, controlado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que afectaron tanto a la política económica del país como a sus políticas sociales. Sin embargo, uno de los logros de la administración de Barrios de Chamorro fue la desmovilización del Ejército Sandinista que se transformó en el Ejército de Nicaragua, y de los cuerpos

3 La Guerra Fría no se entiende solo como un conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino como una serie de conflictos transnacionales que en su mayoría culminaron en conflictos y guerras en los países del Sur global (Brands 2010; Westad 2007).

militares de las Contras, como también la continuación de los procesos de democratización en Nicaragua (Martí i Puig y Close 2009, 22).⁴

Con los cambios de regímenes y gobiernos, desde la dictadura somocista (1936-1979) hasta el gobierno revolucionario y desde este hasta el gobierno de Barrios de Chamorro, no solo se transformaron los proyectos políticos de la elite gobernadora, sino también “los discursos políticos y los esfuerzos oficiales de buscar la legitimidad de cada proyecto por medio de la construcción de nuevas identidades basadas en la memoria”, como constata Vannini (2013, 65).

Este libro aborda la temática de las narrativas históricas durante la RPS (1979-1989) y el gobierno de Barrios de Chamorro (1990-1996). Se comprenden los vínculos entre la historia y la política mediante el concepto analítico de las políticas de la historia, según el cual diferentes actores sociales luchan para establecer su interpretación de la historia con el fin de legitimar su posición política dentro de la sociedad. Las fuentes de mi trabajo consisten en estudios historiográficos, panfletos políticos, revistas, discursos de políticos y periódicos que fueron analizados por el método del análisis crítico del discurso (ACD).

Ya es ampliamente sabido que la historia se reinterpreta de manera continua, y que la lucha sobre su interpretación es un factor importante en la formación de las sociedades. En el contexto nicaragüense, se pueden citar varios ejemplos que muestran estas batallas por el pasado y sus interpretaciones, como lo son los cambios de nombre de instituciones y espacios públicos durante los diferentes gobiernos y regímenes. Durante la dictadura de los Somoza, el aeropuerto de Managua se llamó Aeropuerto Internacional Las Mercedes. Después de la RPS, pasó a llamarse Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino, en homenaje al revolucionario y héroe nacional Sandino. Durante la década de 1990, se lo renombró Managua International Airport, y desde la reelección del FSLN en 2006, otra vez se llama Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino (O’Shea 2008).

4 Sin embargo, en la Asamblea Nacional y con los votos del FSLN, se aprobó el 10 de marzo 1990 la Ley de Amnistía General y Reconciliación Nacional que concedió “inmunidad a todos los nicaragüenses, residentes o no en el país, que cometieron delitos: contra el orden público y la seguridad, delitos comunes conexos con los primeros, delitos es la persecución e investigación de los hechos, delitos contra la economía del país, en el período desde el 19 de julio 1979 hasta la fecha” que significó la protección de crímenes de actores estatales como paramilitares de la década anterior (Sin autor 1990a, 5).

Otro ejemplo es la plaza central de Managua, alrededor de la cual se ubican algunos de los edificios más importantes de la ciudad, como el Palacio de la Cultura, que antes de 1979 fue el Congreso Nacional, compuesto por las cámaras del Senado y de Diputados, o la antigua catedral de Managua. La plaza también fue renombrada varias veces: primero, en 1979, se bautizó como Plaza de la Revolución; luego, durante el gobierno del alcalde conservador de Managua Arnoldo Alemán (conocido por su conflictiva política antisandinista) se la llamó Plaza de la República, y desde 2007, el presidente Daniel Ortega Saavedra (*1945) del FSLN le cambió el nombre a Plaza del Pueblo, Plaza de la Revolución, Plaza de la Victoria (O’Shea 2008, 110).

El historiador suizo Michael Gobat formuló en un ensayo lo que se refiere a la lucha por la memoria histórica de la RPS. Esta tiene sus orígenes en Nicaragua en la década de los 90, cuando los llamados antisandinistas llegaron al poder y empezaron a aplicar políticas del silencio, del olvido y de la extinción respecto de la historia de la RPS. Como consecuencia, se generaron debates sobre la memoria histórica y sobre la revolución en particular, que no solo fueron expresadas por el nuevo gobierno de Barrios de Chamorro, sino que también se generaron “en el propio seno del movimiento sandinista”, como constató Gobat (2012, 143). Durante los años siguientes, en los cuales el FSLN asumió el rol de oposición política y luego se terminó dividiendo internamente, se dio lugar a debates intensos sobre la historia de la RPS y sobre los años 80 en general. Según Gobat (2012, 143), esto ejemplifica bien “los usos de la memoria histórica” no solo dentro del FSLN, sino también en los debates públicos en Nicaragua. Yo consideraría también los abusos de la memoria por parte del FSLN, pero se podría decir que el punto más importante de las afirmaciones de Gobat es el énfasis en la existencia de una polifonía de voces dentro de un partido como el FSLN. En contraste, en la literatura todavía predomina la idea de que el FSLN fue un bloque hegemónico que concentró estructuralmente las decisiones políticas de la década de 1980 en la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (DNFSLN) y sus nueve comandantes. Esto demuestra la importancia de analizar en forma estructural las luchas por la memoria histórica, que siempre fueron parte de los discursos sobre la historia en Nicaragua.

El factor común entre 1979 y 1990 de ambas décadas fue que la historia fue utilizada como instrumento para legitimar la propia posición política, establecer una interpretación como única o verdadera mientras

que al mismo tiempo niegan u ocultan otras interpretaciones. Cada gobierno presentó una visión histórica diferente del otro, tratando a su vez de establecer su propia narrativa histórica. Entonces, el interrogante central de este trabajo es: ¿cuáles eran las narrativas e imágenes históricas usadas por los gobiernos entre 1979 y 1996? Surge la hipótesis de que desde la mitad del siglo XIX se encuentran tres narrativas en la historia oficial de Nicaragua: la primera corresponde a la imagen de caudillos o prohombres, que tiene su base el siglo XIX.⁵ La segunda se desarrolla alrededor de los mártires, especialmente durante la RPS y en la década de 1990; la tercera se centra en los héroes sin fusil.⁶

Estas imágenes simbólicas, construidas en la historiografía, representan también las diferentes perspectivas respecto a la historia del país, enfocando diferentes sujetos, clases sociales, relaciones de género y poderes, por lo que los caudillos, mártires y héroes sin fusil corresponden a tradiciones historiográficas que en un momento histórico eran las hegemónicas. El propósito principal de este texto consiste en presentar que, según el momento histórico, estas tres versiones dentro de la historiografía de Nicaragua resultan interconectadas con la política y sus actores. Estos últimos buscaban legitimar su respectivo proyecto político particular. De esta manera, el trabajo examina las políticas de la historia que están entendidas como una categoría analítica que intenta estudiar cómo la historia suele utilizarse por los actores políticos para respaldar su posición ideológica en la sociedad. A su vez, promueven sus proyectos hacia un mejor futuro.

El libro se divide en seis partes: en la introducción, presento el interrogante central, el estado de la investigación; reflexiono sobre mi interés en la temática y explico las teorías y el método usado para mi análisis. En el primer capítulo, anterior a la parte empírica, se encuentra un panorama general acerca del desarrollo de la historiografía y la historia como ciencia empírica en Nicaragua. Este capítulo brinda la información básica acerca del contexto histórico sobre el proceso del establecimiento del modelo de Estado nación en Nicaragua y cómo los intelectuales han contribuido en su creación. Además, se muestra, mediante las vidas de los llamados primeros historiadores, cómo las interconexiones entre la política y los historiadores profesionales ya se ven reflejadas desde la segunda mitad del siglo XIX. Trabajaré sobre cómo los historiadores han intentado definir la

5 Ver el capítulo 1: “Historia e historiografía en Nicaragua, siglos XIX y XX”.

6 Considerando los tres ejes, me refiero a las afirmaciones en el texto de Vannini (2013).

historia, y definir y marcar lo que es Nicaragua (o un nicaragüense) y cómo se ha establecido la periodización. El objetivo de este capítulo es mostrar las bases de la historiografía nicaragüense y analizar las temáticas o la actitud constructivista de los intelectuales que se ocupaban de escribir sobre la historia. Los capítulos 2 y 3 conforman la parte empírica, enfocando las narrativas usadas durante la RPS y el gobierno de Barrios de Chamorro entre 1990 hasta 1996. Al final del libro, se resumen los resultados y se presentan sugerencias para posibles trabajos a futuro.

Definiciones y propósito

Es necesario aclarar que la observación de un determinado tiempo revolucionario y posrevolucionario implica tener en cuenta hasta cierto punto determinadas especificidades. En el caso nicaragüense, resaltan en el análisis las batallas por la memoria y por la historia experimentadas en las últimas décadas, y su trascendencia continental.

Cuando se habla de “revolución” en América Latina en el siglo xx frecuentemente se hace referencia a los casos de México (1910),⁷ Bolivia (1952-1964), Cuba (desde 1959) y Nicaragua (1979-1990). En general, se reconoce el impacto de las revoluciones en estos países por las transformaciones fundamentales que afectan a largo plazo a todo el abanico de la sociedad, en aspectos como la forma del gobierno, los actores políticos, las estructuras sociales y la economía local. Lo que además une a estas revoluciones es la existencia de una base ideológica para la legitimación del movimiento revolucionario, el uso de la violencia para alcanzar los cambios deseados y la participación de campesinos en los procesos revolucionarios (Becker 2017, 159-184; DeFronzo 2007, 2; Hobsbawm 1995, 344-371; Wickham-Crowley 1992, 8). No cabe duda entonces de que cada revolución tiene sus particularidades, y que también comparten aspectos comunes. En las palabras del historiador Manfred Kossok (1994, 280-288), estas representan acontecimientos importantes del “ciclo revolucionario en la periferia” en el siglo xx. Pero no quisiera entrar en discusión sobre una posible comparación analítica de los procesos revolucionarios, sino más

7 Mientras existe un cierto consenso sobre el inicio de la revolución en México en 1910, siguen los debates sobre cuándo terminó dicha revolución. Ver Rodríguez Kuri (2016). Especialmente para la revolución mexicana es Womack (1968).

bien me interesa desarrollar la perspectiva regional e histórica en la que se sitúa la revolución en Nicaragua.

Como primera instancia, cabe mencionar el caso guatemalteco en la década de 1950. El proceso reformista en Guatemala fue iniciado, primero, por Juan José Arévalo (1904-1990) y luego, continuado por Jacobo Árbenz Guzmán (1913-1971). Estos implementaron un programa de reformas sociales y político-económicas, entre ellas, la reforma agraria entre 1944 y 1954, a la que Edelberto Torres-Rivas (2015, 36) llamó la “revolución de octubre”. El proceso reformista acabaría siendo derrocado por una alianza entre las elites reaccionarias locales y el gobierno estadounidense, por lo que este evento pasará a ser identificado como punto decisivo en la historia de Centroamérica y de América Latina en general. Como nota Hal Brands, el golpe de Estado en Guatemala contra el gobierno reformista de Árbenz Guzmán eliminó la expectativa que tenían las fuerzas progresistas de lograr una transformación de las realidades políticas, económicas y sociales de forma pacífica (Brands 2010, 16-17). El ejemplo de Guatemala representa la pérdida de la tendencia reformista de la década de 1950 en América Central.

Por otro lado, con la victoria de la Revolución cubana volvió la esperanza a toda América Latina. Esta revolución terminaría por convertirse en un referente fundamental para otros movimientos sociales. Mientras que campesinos, estudiantes y también la clase trabajadora se identificaban con la revolución, sus postulados causaron reacciones en todos los espectros políticos, ya fueran de izquierda o de derecha. Además, la Revolución cubana significó más que la victoria de un proyecto de liberación nacional, ya que también postuló una versión global de la lucha revolucionaria victoriosa en los países del Sur global (Mayer 2008, 148-150).

La trascendencia de la revolución en Cuba fue fundamental para el proceso revolucionario en Nicaragua,⁸ pero pronto se harían evidentes los límites del concepto revolucionario, principalmente representado por la teoría del foco, desarrollada intelectualmente por Ernesto Guevara. En Nicaragua, aunque el FSLN se fundó en el ámbito de la Revolución cubana en 1961, falló el concepto de la guerrilla y el FSLN fue casi erradicado por la Guardia Nacional. En varios estados latinoamericanos, las elites

8 Estoy de acuerdo con Matilde Zimmermann (2000, 9) sobre la importancia de la Revolución cubana para el caso nicaragüense, considerando especialmente el desarrollo ideológico, no solo de Carlos Fonseca, sino en general para los actores políticos y militantes centrales del FSLN.